



XII Concurso de Relatos Cortos

“Memorias y Cuentos del Moncayo”

Grisel, 2010

CATEGORÍA JUVENIL:

Relato premiado: *“Sonrisa entre grietas”*.

Autor / a: Paula Colmenares León.

Galapagar (Madrid).

SONRISA ENTRE GRIETAS

Tenía la mirada clavada en piedra, acurrucada bajo una de las casillas puntiagudas que dormían en el monte de la Diezma. Se habían construido en piedra seca. Yo me sentía con la cabeza perdida en alguna grieta de una piedra, y con la boca seca. Ahora mi abuela se llenaba rápidamente de grietas, pensaba que debía llevar un cartel en sus ojos que dijera: «Muy frágil». Cuando se rompía intentaba rápidamente recoger los pedacitos y recomponerlos. Me daba mucho miedo colarme en alguno de los resquicios de los ojos de mi abuela, por eso no lo intentaba.

Mis lágrimas contenidas mojaban mi visión, empapándola con premura hasta hacerme creer que la piedra estaba mojada. Mi boca seguía seca. Fruncía los labios hasta reducirlos a una fina línea, creyendo que así también iba a estrechar mi dolor. Veía la piedra tan borrosa que me engañaba pensando que no tenía una sola grieta y que mi cabeza no se había perdido. La abuela

solía emborrionarse para mí, y entonces pensaba que todo iba bien porque no veía heridas. Estaba ciega.

Quitó la mirada de las pequeñas piedras para olvidarme de mi ceguera. Pasó a mirarme los pies entumecidos por el frío helado. Estaba aferrada a una rebelde mala hierba, que había conseguido crecer en el suelo duro y árido bajo la casilla. Había buscado este refugio porque sentía que, cuando llegara la noche, su pico sería lo único que podía evitar que se me cayera encima.

Crucé las llanuras de la depresión del Ebro a media tarde. Mientras conducía, mis pensamientos alcanzaban las altas hojas de los árboles que poblaban los bosques frescos de alrededor. Pero no conseguían llegar hasta las nubes, y se quedaban siempre ahí, remansados.

Solo una vez antes, de niña, había venido a Grisel, el pueblo de mi abuela. Ella siempre me decía que el cierzo podría curar todas mis heridas, si alguna vez lo necesitaba. Un día que estaba triste porque mi mejor amiga me había engañado, me trajo. Me llevó de la mano hasta el monte y, en silencio, dejó que el viento le azotara en las mejillas y que le revolviera el pelo. Yo la imité. Había decidido huir a un lugar donde no todos tuvieran extraviada la sonrisa. Quería encontrar la mía.

El cierzo me susurraba al oído los recuerdos de mi abuela, me los traía como un leve rumor, desde un recoveco de la casilla donde se escondían. Se metían dentro de mí y yo dejaba que el eco se convirtiera en una voz fuerte y decidida resonando en mi cabeza. Intentaba que sonara como una algarabía alentadora, sin que se atragantaran las palabras. Aquel viento me acariciaba el cuello y deshacía mi nudo de lágrimas.

No sé qué fue lo que hizo que saliera de mi escondite. Quizá el cierzo, quizá los recuerdos, que hacía míos sin apenas darme cuenta. A lo mejor fue la abuela. Me costaba pensar en ella como alguien con fuerzas para hacer algo, ahora que la veía tan débil. De pequeña la comparaba con los juncos que se mecían con el viento, a los lados de la laguna de cielo estrellado de la que siempre me hablaba. Con juncos tan fuertes que era imposible quebrarlos.

Ahora la abuela me parecía quebradiza. Y yo, que había salido de la casilla picuda para enfrentarme a la noche, seguía sintiéndome escondida.

Empecé a acercarme a la cima del monte, guiándome por lo que el cierzo me decía. Llegué a lo alto, donde el frío me dejaba la nariz roja. Casi conseguí sonreír al sentirme como mi abuela cuando el Moncayo entraba en sus pupilas. La noche llegó desprendiéndose de la bruma, sólo seguía flotando en mi cabeza perdida junto con mi sonrisa.

Los imponentes gigantes que se alzaban en la penumbra, salpicando el monte y dejándose, como yo, acariciar por el viento, giraban sus alas lentamente. Quizá también tenían un nudo en la garganta que deshacer. Me sumé a su deseo de lanzarse al vuelo, para sentir que todo lo que había dejado atrás era tan pequeñito que no me podía hacer daño. Embriagada por su clamor, saltaba de suave desnivel en desnivel. Sin pico que me protegiera de que se me cayera encima la noche. O de que se cayera mi cabeza perdida en las piedras. O todo a la vez.

El brillo de las estrellas me hizo recobrar un poco el de los ojos, y dejé que me asaltara de nuevo el recuerdo de la primera vez que pisé Grisel. Cruzamos el monte y descendimos un largo trecho, hasta perdernos entre carrascales y flores. «Mira abuela, hay montones de encinas», «Carrascas, me gusta más llamarlas carrascas». A mí me sonaba como si se deshilara algo. «Pues yo las seguiré llamando encinas, abuela». Ella me ignoró y habló de otra cosa. Siempre que quería, conseguía estar en la Luna. «Quítate todo ese arándano de la boca, estás más lila que el espliego que pisas», «A mí me gusta más que lo llames de la otra forma, lavanda fina», «Tú de fina no tienes ná». A mí espliego me sonaba a «plegar». Me sacaban de quicio los papeles con demasiados dobleces que luego no sabía cómo estirar. A veces mi abuela se *espliegaba*, no quería ocupar espacio y se doblaba muchas veces hasta hacerse pequeñita.

También me llevó a su pozo, el de los Aines, escondido entre enredaderas. Me parecía que la Tierra nos envolvía a las dos con su manto, al bajar aquellos escalones de piedra. Me asomé a la barandilla y respiré el aliento húmedo del pozo. Entonces ella me dijo que las aguas subterráneas le traían murmullos del pueblo al filtrarse entre las piedras. Quizá el agua sí podía colarse entre las grietas de mi abuela, y quizá le susurrara palabras alentadoras, como a mí me gustaría hacer ahora.

Crecí empapándome de cada cosa que la abuela decía. Un día, por la mañana, bajó vacía por las escaleras. No pronunciaba palabra, así que intenté darle conversación. Que fuera ella la que se mojara un poco de mis palabras, pero me convertí en una lluvia que cae a chaparrones haciendo mucho ruido. Ella tardaba en contestar o ni siquiera lo hacía, sin ánimo. Como si mis palabras la esquivaran y escaparan por la ventana abierta, donde mi lluvia repiqueteaba. Lo peor era que la abuela parecía muy triste. Un saco roto, todo lo que tenía dentro se había caído. Todas las palabras que yo intentaba lanzar al saco atravesaban el agujero negro junto con lo demás. Era como una de esas oquedades que viajaban por el espacio y que tanto temía que se tragaran la Tierra. Todo era negro. El agujero del saco, mi abuela. La miré a los ojos una vez en el desayuno, y me parecieron un pozo sin fondo.

Huyendo del canto del cárabo, había llegado a la dehesa de mis recuerdos. Hacía un rato que miraba ensimismada la corteza de una carrasca deshilachada. Me aovillé en el suelo. Notaba las piedras clavadas en mi espalda. Pero lo que me molestaba no eran piedras, sino tristeza con forma de espinas afiladas, de una rosa a punto de marchitar. El sueño me asaltó durante unos segundos, y evoqué dormida todo lo que había esquivado despierta.

La abuela estaba ingresada en el hospital desde hacía tiempo. Desde hacía años. Fue algo después de que aquel día bajara taciturna, y rota como rara vez hace un junco, cuando empezaron a luchar contra su enfermedad. Hoy dijeron que se la estaba llevando. Los médicos lanzaron una lluvia a chaparrones, pero a mí sí que me dejó empapada. No podía contener las lágrimas en los ojos. Y se desbordaban, como un embalse después de una lluvia incontrolable de palabras incontrolables. Me sentí transparente como mis lágrimas. Mi rostro reflejaba todo lo que incidía en él, y la luz que salía era sólo negra.

Entonces me fui. Sin decir nada. Huí a Grisel para escapar de todo y clavar mi mirada en piedra seca. No quería reflejar luz negra sobre ella, de mirada asustadiza bajo las sábanas blancas.

Volví para coser el agujero de su saco, aunque me costara enhebrar la aguja. Había conseguido mantener mis nervios a raya. No, en realidad yo no les pinté con tiza ninguna línea que no pudieran traspasar. Fue Grisel, que cosió mis nervios rotos.

En el hospital, giré con decisión el pomo de la puerta color miel.

— Hola abuela, fui a tu dehesa. Vi un montón de carrascas. —Sonrió y noté un brillo tenue en sus ojos.

— ¿Por qué fuiste? —preguntó con un susurro, pero sin plegarse varias veces.

Entonces dije, intentando colarme en sus ojos y vencer mi miedo, para sanar agujeros y heridas:

— Necesitaba al cierzo.

Y cuando me adentré en sus grietas, comprendí que mi abuela me había estado guardando la sonrisa ahí, bien escondida para que nadie se la robara hasta que yo me atreviera a recuperarla, todo este tiempo.